

---

# EL DISTRITO INDUSTRIAL Y SU IMPACTO EN LA HISTORIA ECONÓMICA

**ALBERTO GUENZI**

Università degli Studi. Parma

Este texto pretende determinar cómo la perspectiva planteada por Giacomo Becattini hacia finales de los años setenta ha influido en la historia económica italiana. En cualquier caso, este intento requiere una aclaración preliminar relativa al ámbito definido en la expresión «Historia económica». En Italia, la historia económica, a diferencia de las historias generales

y de aquellas especializadas, es una disciplina que pertenece al grupo de las materias económicas junto con otras como la economía, la política económica, la economía de la empresa, la economía de los mercados financieros, etc.

Esta fusión, derivada, por así decirlo, de exigencias de organización académica, presenta también aspectos de tipo científico-cultural: los historiadores económicos *stricto sensu* enseñan la disciplina en los cursos de economía, donde ésta es reconocida entre las materias de formación de base, y normalmente desarrollan actividades de investigación en los departamentos económicos.

Esto produce un doble efecto: por un lado, no todos aquellos que se ocupan de historia económica están catalogados como historiadores económicos; por otro, los historiadores económicos que enseñan en los cursos de economía y trabajan con los economistas están, por así decirlo, más directamente influenciados por la teoría económica y por sus trans-

formaciones. Por lo tanto, los trabajos considerados para la finalidad de mi razonamiento no se refieren, en general, a la producción histórica, en lo que respecta al tema de los distritos industriales, sino sólo a aquella parte desarrollada por los historiadores italianos entendidos en sentido académico. Aquello que ciertamente presenta un límite (los historiadores económicos no sólo se ocupan de la historia económica) puede, no obstante, representar un punto de observación privilegiado, precisamente en virtud de la atención que estos estudiosos dedican a la relación entre historia y teoría económica.

## EL NUEVO PARADIGMA INDUSTRIAL DE BECATTINI

La innovadora contribución ofrecida por Becattini ciertamente ha puesto en crisis uno de los paradigmas interpretativos más radicados en la historia económica y no sólo en esta disciplina: el de la vía única del proceso de industrialización. Una vía históricamente definida que desde finales del siglo

XVIII ha seguido un itinerario marcado por etapas, por así decirlo, obligadas. Un proceso acumulativo que es interpretado a la luz de dos indicadores: el sector y la dimensión de la empresa.

El pensamiento marxista y el «liberal» se enfrentan en lo que respecta a las explicaciones del proceso y sobre todo a sus efectos directos o indirectos. No obstante, ni el uno ni el otro discuten la dirección y las etapas del recorrido. Las secuencias están muy claras: en lo que respecta a los sectores, se va desde el textil hasta la filiera minero/metalúrgico/mecánica para después alcanzar (en la denominada segunda revolución industrial) la química y los sectores derivados de la introducción de nuevas fuentes de energía (gas, petróleo y electricidad). Para las empresas, la secuencia tiende a correlacionar el aumento de la dimensión con la forma organizativa (pasando de pequeñas a medianas y grandes empresas, y de éstas a las multinacionales).

La lectura propuesta tiende a descuidar los contextos territoriales, institucionales y sociales que, por su cuenta, deben adaptarse al proceso en curso so pena de exclusión de la participación en el mismo. El acercamiento de Becattini da un vuelco a esta perspectiva, poniendo en crisis el automatismo de la secuencia, pero sobre todo proponiendo el análisis del contexto como requisito previo y, al mismo tiempo, como misión a la base de la investigación.

Sin embargo, el contexto del que se habla no es simplemente un espacio en el que se manifiesten procesos sociales y procesos económicos. Al contrario, es un lugar dotado de una fuerte identidad históricamente definida. No es, por lo tanto, una tela capaz de admitir cualquier estampado; su historia determina o, mejor, selecciona, las formas productivas capaces de radicarse.

Por otro lado, el contexto no determina de manera absoluta las formas de producción que se pueden desarrollar; quiero decir que presenta una cierta permeabilidad que facilita procesos de adaptación. Por poner un ejemplo, la experiencia histórica muestra cómo el nacimiento de una gran empresa no es por sí mismo un obstáculo insuperable para la difusión de un sistema de pequeñas empresas especializadas. Pero lo contrario también es cierto.

Por ello, me parece digno de atención pensar en el contexto como un lugar poblado por personas, instituciones y empresas que presenta una estructura articulada en dos partes. La primera, «dura», delinea la identidad y la vocación profunda, aquella que aporta los recursos raros (materias primas, prestigio, capacidades...); una parte que en última instancia se remite a la idoneidad (de un territorio y de su comunidad) para desarrollar funciones productivas específicas. La segunda, «blanda», se remite a la capa-

dad del contexto (en ese determinado momento y en esas determinadas condiciones) para operar a fin de que en concreto (y de la mejor manera) el mundo de los productores (empresas, competencias especializadas, instituciones) pueda aportar prestaciones capaces de competir en los mercados.

Disculpándome por la excesiva simplificación adoptada en la presentación del paradigma de carácter general, quiero precisar un aspecto característico de la historiografía del proceso industrialización de en Italia. En este punto, la lectura anterior encuentra alguna dificultad de tipo cronológico (el retraso secular), geográfico (el dualismo territorial), económico-institucional (el rol desempeñado directamente por el Estado o indirectamente por la demanda pública).

En cualquier caso, estas dificultades fueron superadas también por la indudable capacidad de los estudiosos italianos, que consiguieron (y algunos irreductibles lo hacen aún en nuestros días!) reconducir los acontecimientos nacionales en el surco de la vía única. Claro que la fuerza del paradigma de la vía única ha condicionado durante decenios las interpretaciones sobre el desarrollo económico italiano, aunque no ha impedido la adquisición de nuevos conocimientos que señalaban las dificultades que entrañaba reducir a un solo modelo historias y experiencias. Quiero decir que, incluso antes de los años setenta, se había prestado atención a las especialidades territoriales, a una tradición artesana que se convierte en pequeña empresa y a las tipicidades (para usar una expresión del sector primario) de las producciones industriales.

Pero estas historias eran percibidas como retrasos, desviaciones, vías muertas, supervivencias, particularismos que poco o nada tenían que ver con la «verdadera historia» del desarrollo económico italiano, la del «triángulo industrial», (Turín, Milán y Génova) de la gran empresa (privada, pero también pública), la de los sectores pesados y/o avanzados.

Si éste era el paradigma dominante, es evidente el impacto que provocó una lectura «subversiva» como fue la de Becattini y, debo añadir, de todos aquellos que aun no compartiendo completamente la interpretación, acogían, no obstante, el planteamiento metodológico. Quiero decir que, mientras las interpretaciones del estudioso toscano suscitaban una discusión no exenta de relieves críticos, todos reconocen a Becattini el mérito de haber introducido una unidad de investigación imprescindible para comprender una parte muy importante de la historia del sistema industrial italiano tal y como se ha configurado en la segunda mitad del siglo XX. Algunas certezas alentadoras eran puestas en tela de juicio, pero lo era aún más el anterior marco general de referencia, que mostraba discrepancias que presagiaban una caída inminente.

En efecto, ahora el proceso de industrialización se presentaba como un objeto más complejo, con nuevos (si bien menos importantes) protagonistas, con nuevos territorios (en el sentido físico del término) para explorar y con una estructura social que, como tal, determinaba el proceso de configuración del sistema productivo. En resumen, emergían nuevos problemas y aquellos tradicionales requerían una reflexión en términos de escala y de periodificación.

## UN CAMBIO DE RUMBO ¶

Ciertamente, los tiempos de la investigación son lentos, y los primeros signos evidentes de un cambio de rumbo se manifestaron varios años después de la publicación del ensayo de Becattini. *Del «sector» industrial al «distrito» industrial: Algunas consideraciones sobre la unidad de investigación de la economía industrial*. Pero el lapso de tiempo transcurrido no mitigó la fuerza del impacto. Al contrario, las nuevas preguntas a las que los investigadores intentaban responder, de alguna manera constituían en sí mismas un acto subversivo respecto de la anterior orientación historiográfica.

Recordando aquella etapa he de hacer referencia al destacado trabajo de los años setenta: Thomas Khun *La estructura de las revoluciones científicas: cómo mutan las ideas de la ciencia*, en el que ponía de manifiesto cómo la difusión de un paradigma científico produce (lo expreso con mis palabras) la crisis general, destructiva e irreversible (de aquí el término revolución) del paradigma anterior. En efecto, los trabajos que pretendían reconsiderar el proceso de industrialización con la mirada de Becattini y otros llevaban, por así decirlo, los signos de este cambio de rumbo. No sólo esto, en el caso de los historiadores de la economía. Había algún ulterior elemento que aumentaba la responsabilidad por ejemplo respecto de los economistas.

El nuevo modo de considerar el desarrollo económico italiano atribuía a la historia económica un nuevo y más relevante rol: descubrir (en algún caso redescubrir) la identidad de los lugares y de las comunidades para explicar tiempos y modos del arraigo de los procesos de industrialización. La indicación, no sólo teórica sino sobre todo metodológica de Becattini, conducía a ámbitos de investigación que los historiadores de la economía habían tranquilamente atravesado sin, no obstante, ver el origen y el desarrollo de los procesos de industrialización. Sin embargo, (es conveniente precisarlo enseguida), un análisis de cuanto ha sido descrito y se está describiendo sobre el caso italiano muestra un proceso de reelaboración teórica aún más complejo. La propuesta metodológica de Becattini ha sido acogida de formas diferentes y, en consecuencia, ha producido resultados diferentes en el plano del acercamiento interpretativo.

Diría que no se puede hablar de un proceso general de revisión como consciente y coherente abandono del paradigma precedente y decidida orientación de los estudios según un nuevo acercamiento. En el actual estado de cosas y en lo que respecta a este punto, los historiadores de la economía se subdividen en tres categorías: los «irreducibles» que consideran la vía única como fundamento indiscutible y que piensan en el distrito industrial como una anomalía a la que desgraciadamente deben dedicar algún párrafo en la reconstrucción de los acontecimientos económicos de Italia en la segunda posguerra; los «convergentes» aquellos que (obviamente simplificado y trivializo su pensamiento) reconocen que ha habido diferentes vías pero que éstas en el fondo son afluentes destinados a entrar en el álveo principal; y los «practicantes», aquellos que se han, en todo o en parte, tomado en serio las indicaciones de Becattini e intentan no sólo aplicar sino también enriquecer y criticar su paradigma.

Por otro lado, cada categoría, al menos formalmente, tiene en cuenta el nuevo planteamiento, citando ampliamente a Becattini y a Sforzi, demostrando que no se puede prescindir formalmente de sus aportaciones. Puesto que, se había comprendido, sobre estos temas está vigente un encendido debate en el que participo como miembro del grupo de los «practicantes», no me parece correcto utilizar este púlpito para comunicar mis convencimientos personales sin posibilidad de contradicción.

Más bien querría sugerir otro recorrido ciertamente más interesante: aquel que intenta distinguir en la contribución de Becattini las indicaciones que, voluntaria o involuntariamente, han estimulado decisivos pasos hacia adelante de la disciplina. Pienso en la exigencia de considerar los lugares y las correspondientes comunidades a largo plazo, en la necesidad de considerar como inseparables la comunidad social y el sistema de las empresas, en la atención a los productos (a sus necesarios procesos productivos, a su calidad), en la exigencia de evaluar las relaciones entre los lugares donde se desarrolla la producción y los mercados exteriores (y lejanos), en el análisis de las formas sociales e institucionales que reducen la incertidumbre para los operadores económicos locales como estabilización de los costes de las materias primas y de las prestaciones laborales.

Es necesario, además, recordar un dato de especial relevancia: otros progresos significativos derivan, además, del intento de dar respuestas a los interrogantes que el mismo Becattini deja sin resolver. El primero, y tal vez el principal, concierne a ese recurso inmaterial, pero social y económicamente relevante, que aparece bajo el nombre de atmósfera industrial: «el distrito industrial de Marshall como ambiente social en el que las relaciones entre los hombres fuera y dentro de los lugares de producción y las relaciones en-

tre los hombres hacia el trabajo, el ahorro y el riesgo presentan un peculiar sello y carácter propio».

Este pensamiento agudo, que sin embargo alude contemporáneamente a una realidad casi nunca investigada, ha abierto una gran cantera de investigación para encontrar ese sello y ese carácter. Las cuestiones eran diferentes y estimulantes: ¿cómo nace el ambiente social del distrito industrial de Marshall? ¿Su formación es anterior a la del sistema de las empresas o bien acompaña paso a paso el asentamiento? ¿Qué indicadores «materiales» pueden permitir reconocer el ambiente social del distrito?

A su vez, estos interrogantes planteaban nuevamente a los historiadores económicos, pero no sólo a ellos, problemas de interpretación inherentes a los procesos de formación del lugar, de las comunidades rurales, posteriormente comunidades proto-industriales e industriales como fenómenos destinados no sólo y no tanto a acumular riqueza, sino sobre todo a asentar valores y conocimientos. Numerosas aportaciones, pienso principalmente en trabajos sobre las regiones de Marche, la Emilia-Romagna, el Véneto y obviamente la Toscana, han seguido estas pistas con resultados interesantes en su conjunto. De particular importancia es el redescubrimiento y la parcial recuperación de la historia de la agricultura como historia de los espacios agrícolas y, sobre todo, como atención a las actividades colaterales y de integración de los trabajadores rurales; la llamada pluriactividad campesina.

También en este caso las contribuciones más interesantes no derivan de la aplicación mecánica del esquema del distrito, sino de su utilización como instrumento para interpretar la relación entre agricultura e industrialización. El significado metodológico de esta contribución reviste un valor intrínseco que va más allá de la trascendencia de la interpretación (a menudo apresurada y superficial). Me refiero, por ejemplo, a la relectura de la aparcería como detentadora de competencias organizativas (1). Una idea ciertamente fascinante que conduce a algún estudioso a captar la coincidencia entre las antiguas regiones de aparcería (la Romagna y, en parte, la Emilia, Toscana, Umbria y Marche) y las actuales áreas de difusión de los distritos industriales.

Es necesario notar cómo la misma aparcería fue considerada durante decenios como uno de los principales obstáculos al desarrollo capitalista en el medio rural, a la vez que un paso obligado, según Marx, para el proceso de industrialización nacional. Desgraciadamente, la nueva lectura de la aparcería plantea la misma interpretación simplificadora que planteó la vieja lectura. Yo no identifico en la aparcería aquellas particulares capacidades de organización de la producción agrícola y de relación con el mercado que, con el paso del tiempo, habrían

desarrollado competencias de dirección posteriormente transferidas a la producción industrial.

Quiero decir que la aparcería se resentía de vínculos derivados de la presencia de vínculos contractuales (reparto cuantitativo y cualitativo de la producción agrícola), económicos (autoconsumo), organizativos (la figura del granjero que por cuenta de la propiedad determinaba las elecciones en función de la organización de la explotación de la hacienda). Añado, además, que tales vínculos no predominaban sobre las demás tipologías de ocupantes de haciendas agrícolas como los arrendatarios y los pequeños cultivadores directos.

Estos últimos eran los que en realidad decidían autónomamente qué y cómo cultivar y qué y cómo vender. Hay que recordar que, coincidiendo con el momento en el que la organización en distritos se manifestaba en Italia, estaba concluyendo un proceso (también normativo) de transformación de la aparcería en arrendamiento. Como a menudo sucede, la explicación más sencilla y banal no es la más satisfactoria; un acercamiento poco informado se revela incapaz de construir una lectura consciente de la misma geografía de la industrialización del distrito.

## AGRICULTURA, ARTESANÍA URBANA E INDUSTRIAL †

Considero más fecundo el acercamiento de quienes han replanteado la relación agricultura e industria en términos diferentes de los propuestos por el pensamiento de Marx, capaz de interpretar correctamente el caso inglés, según un modelo que no puede ser aplicado en cualquier lugar y en cualquier momento. Para Marx, la agricultura desarrollada y capaz de acumular riqueza era un requisito previo del proceso de industrialización; la industrialización de distritos en Italia demuestra, al contrario, que existe una relación con el retraso agrícola y, en general, con las áreas deprimidas. Como es sabido, el paradigma interpretativo establecía una regla férrea: el capitalismo en el mundo rural precede necesariamente al capitalismo industrial.

Las cosas en Italia, como es conocido, no se han desarrollado de este modo: ni siquiera las áreas de primera industrialización pueden ser vinculadas a la zona estrechamente circunscrita que ha visto el surgir y la consolidación del capitalismo agrario italiano. Normalmente se define este espacio a través de la naturaleza de las relaciones de producción entre propietarios de la tierra y trabajadores. La empresa capitalista prevé una gestión de dirección, innovación tecnológica y uso de los factores productivos, en particular la fuerza de trabajo libre y no condicionada.

Esta situación se encuentra como modelo dominante del sistema agrario sólo en algunas áreas de la ori-

la izquierda del río Po. Ciertamente existían empresas capitalistas, también de considerables dimensiones, diseminadas en otras áreas del país, sin que no obstante este modelo se convirtiera en la forma de gestión más relevante. En el resto del país, desde la Edad Moderna y hasta el declive de la agricultura italiana en la segunda posguerra, dominaban empresas agrarias con un perfil claramente no capitalista: las distintas manifestaciones de la colonia de participación (entre las que dominaba la aparcería), el alquiler, la pequeña empresa agrícola con locación directa, el latifundio.

Una vez dadas estas premisas, parece improbable que la agricultura italiana haya sido capaz de acumular la cantidad de riqueza suficiente como para invertir en el sector industrial como masa crítica de capital para alimentar el proceso de industrialización. Aclarado que no parece existir en el caso italiano una relación directa entre desarrollo de la agricultura, en sentido capitalista, e industrialización «de vía única», que ha tenido lugar estimulada por otros factores como, por ejemplo, las iniciativas industriales de operadores extranjeros y la intervención directa e indirecta del Estado, uno se puede preguntar si la otra industrialización (la de distrito) tiene, o tendría que ver, con un tipo concreto de agricultura.

Obviamente, la respuesta es negativa en la medida en la que los territorios que habrían visto el nacimiento de los distritos industriales presentan una amplia gama de situaciones y de relaciones de producción. Por otro lado, es, si se quiere, evidente e inútil mencionar que tal vez el único elemento que adquiere importancia se refiere a una relación normalmente presente entre el establecimiento de los distritos y el retraso agrícola. Con este término quiero indicar una agricultura que en el pasado era pobre y sigue siendo pobre incluso en la segunda posguerra. Se encuentra de nuevo en la relación entre áreas deprimidas del centro-norte (donde ha intervenido el Estado desde finales de los años cincuenta del siglo XX) y los lugares de difusión de los sistemas de pequeña y mediana empresa.

Pero el principal, y científicamente más fecundo, efecto colateral de la contribución de Becattini se refiere a un tiempo y, en parte, a lugares que aparentemente no tienen nada que ver con el objeto de su investigación. Quiero decir que interpretar el desarrollo económico considerando no sólo las formas de la producción (empresas, tecnología, procesos productivos) sino también el contexto social como elemento inseparable de los demás, aporta a la aproximación de Becattini un carácter heurístico de alcance general.

Pienso en la oportunidad que una parte de la interpretación de Becattini aporta al funcionamiento de las economías urbanas europeas en la Edad Moderna. Como es sabido, los procesos de difusión a gran escala de actividades manufactureras (sobre todo textil,

pero también de pieles y otras) tienen en la Europa de las ciudades una larga y prestigiosa tradición. Todos los estudiosos de la edad intermedia han conocido la dimensión y la calidad de estas experiencias; no obstante, su contribución a la generación de los requisitos previos de la Revolución Industrial, como la creación de redes comerciales estables, el desarrollo tecnológico, la difusión de los servicios a las empresas..., es ignorado o a lo sumo gravemente infravalorado.

Esto sucede porque dichas actividades veían efectivamente el protagonismo de organizaciones e instituciones que actuaban condicionando el libre funcionamiento del mercado. Gremios, tarifas, mercantilismo comercial e «industrial» y monopolios constituyeron, según la interpretación dominante, las «fuerzas del mal» cuya eliminación llevó al nacimiento primero y a la posterior afirmación del capitalismo. Quien se permitiera un juicio más articulado, capaz de considerar junto a los elementos negativos los indudables resultados de aquellos sistemas económicos y sociales, corría el riesgo de ser considerado un provocador retrógrado. En realidad, si observamos los sistemas artesanales urbanos sin prejuicios podemos encontrar concomitantes coincidencias con el modelo de distritos.

Para Becattini existen elementos cuya presencia actual puede permitir reconocer un distrito industrial:

- ✓ En los distritos industriales comunidad y sistema de empresas son elementos indivisibles.
- ✓ Una particular ética del trabajo y de la profesión, del riesgo y del cambio.
- ✓ La sociedad del distrito industrial nace y se desarrolla a través de instituciones y reglas que conservan y transmiten los valores.
- ✓ Una sociedad «abierta», es decir, dispuesta a aceptar nuevas formas de iniciativa económica y al mismo tiempo «cerrada», es decir, preparada para conminar sanciones sociales a las actividades que no respetan las reglas.
- ✓ La presencia de una red estable de distribución de los productos en el extranjero.
- ✓ El predominio de producciones y de intercambios relativos a los bienes y a los servicios destinados a la exportación.
- ✓ La identidad de los productos vinculada a particulares cualidades (la imagen del producto referida al distrito más que a la empresa).
- ✓ Un sistema de regulación y control de los precios y de las prestaciones y de los semielaborados inherentes a la producción típica.

Ahora, sostengo que todos estos elementos han estado presentes en numerosos sistemas artesanales urbanos de diferentes países europeos durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

## LA PRODUCCIÓN ARTESANAL MODERNA ▼

En el contexto urbano de la Edad Moderna, las características de la organización de la producción artesanal dependían de la actividad de dos actores: los gremios (corporaciones) y el gobierno local.

Los gremios introducen la descomposición del proceso productivo, definen nuevos roles, organizan la producción a gran escala, difunden el *know how*, controlan la calidad y estandarizan el producto. El sistema gremial, durante siglos acusado de haber impedido, o al menos de ralentizar, el advenimiento de la economía de mercado, en realidad ha introducido importantes novedades en la organización de la producción artesanal.

Una vez más, un prejuicio fundamentado en un escaso conocimiento ha impedido durante decenios a los estudiosos entender aspectos de una extraordinaria modernidad. En primer lugar, la célula del sistema gremial no es el maestro con sus privilegios. La célula es el taller, un lugar donde producir no es el fin sino el instrumento para el aprendizaje. Por lo tanto, la historia nos ha entregado una experiencia que reconocía en el conocimiento técnico el verdadero tesoro que no sólo debía ser conservado sino también mejorado. En el taller, la división del trabajo respondía a una exigencia primero didáctica y después económica. El taller como escuela era de hecho un paso obligado en una época en la que el saber técnico no disponía de un lenguaje propio y tenía necesariamente que ser transmitido por medio de la práctica. Pero el taller no era una empresa que se enfrentara libremente con las demás; pertenecía a un grupo identificado y regulado por normas concertadas entre los interesados y sancionadas legalmente por la autoridad pública.

Por tanto, debe ponerse de relieve que junto al privilegio, que ciertamente reflejaba las características no tanto del mercado como de la política económica en la edad precapitalista surge un elemento normalmente descuidado por la historiografía: la cooperación entre las empresas, que no se limitaba a la contención de la competencia, sino que asumía formas de acción colectiva. Uniéndose conseguían producir incluso a gran escala, trabajar para el mercado exterior y definir procedimientos para estandarizar procesos productivos y productos.

Pero lo que más cuenta es un ulterior elemento que paradójicamente ha sido siempre ignorado a pesar de la evidencia. Quiero decir que la naturaleza del

sistema gremial no debe buscarse en la producción de bienes y servicios, sino en la formación de capacidades humanas especializadas. La función del gremio residía en la organización de un proyecto de formación destinado a garantizar en el tiempo la transmisión del conocimiento técnico. La producción era una consecuencia de la formación y no (como se tiende a sostener erróneamente) viceversa.

De aquí dos consecuencias importantes: la «protección» concedida a los gremios no tutelaba el conjunto de los intereses económicos de las empresas, sino un bien socialmente relevante como la instrucción técnica; la formación de capacidades humanas especializadas representaba una inversión decisiva para la calidad del sistema económico, en tanto capaz de difundir y arraigar una cultura de la producción y del intercambio.

El gobierno local, aplicando la política económica del mercantilismo, garantiza la regulación de las tarifas de bienes y servicios, pone a disposición de las empresas recursos y servicios destinados a reducir los costes de producción. Además, a través de los monopolios, promueve la innovación y atenúa los costes de los vínculos corporativos, en particular, los inherentes al mercado del trabajo.

A modo de ejemplo, recuerdo que el nacimiento de los sistemas artesanales urbanos propone una gama de soluciones. La tradición gremial asienta formas de producción y valores sobre la base de varios modelos: en Prato parece dominar la continuidad de las fábricas de punto; en el Maceratese, por el contrario, emerge la continuidad de un contexto «favorable» capaz de generar la difusión de las fábricas de calzado: en las áreas rurales del Norte de Italia, el arraigo de las manufacturas especializadas deriva de la importación de prácticas y lenguajes de origen urbano (Lecco, Lumezzane, Schio).

Estas particulares, pero frecuentes, formas de organización de la manufactura encuentran correspondencias también observando los distritos «muertos»: pienso en las sederías de Bolonia en cuya organización hallamos la primera experiencia de sistema fabril implantado en el siglo XV, en las sillas de Chiavari, en la producción de sombreros de fieltro de Monza, en los sombreros de viruta de Carpi.

Subrayo que el estudio de los distritos «muertos» constituye un campo de investigación particularmente interesante desde el momento en que permite seguir su ciclo completo de vida no sólo sobre los motivos del crecimiento, sino también sobre los aspectos no menos importantes de la decadencia y la desaparición.

En resumen, sostengo que el distrito industrial, tanto como modelo de organización productiva como sobre todo como paradigma de interpretación del

cambio industrial, ha dado grandes pasos en la historiografía de la edad moderna produciendo efectos, una vez más, subversivos, respecto del anterior paradigma interpretativo. Por ejemplo, en Italia, primero, y a continuación en Europa, se ha registrado una fuerte recuperación del estudio de los gremios y de los grupos profesionales. Pensemos, por ejemplo, en el libro *Guilds, Markets and Work Regulations in Italy, 16th-19th Centuries*, Ashgate, (1998), que recoge cerca de 30 colaboraciones. Paralelamente, se ha desarrollado una línea de investigación que ha profundizado en el estudio de las relaciones de larga duración entre un determinado lugar y sus productos manufacturados típicos, sobre la base de un acercamiento que, de manera más o menos consciente, se apodera del tema del origen del *made in Italy*.

A su vez, esta línea de investigación se ha desarrollado prestando atención a las formas de organización de la actividad productiva o bien al papel de las instituciones que vinculan el sistema de los productores a la comunidad local. Este último aspecto (las instituciones) parece haber suscitado un notable interés entre los historiadores de la economía. Se pone en tela de juicio, con resultados en ocasiones alentadores, el papel marginal que les reconoció la economía neoclásica. En concreto, un acercamiento que no se limita a identificar qué instituciones (centrales, de base, intermedias) actúan en un determinado contexto, sino que pretende analizar qué hacen, parece presagio de desarrollos positivos.

Esta visión asume evidentemente un valor absoluto, proponiendo una lectura del desarrollo económico mucho más articulada y complicada con respecto a las anteriores. En suma, a una demanda compleja (cómo se determina el desarrollo económico de un determinado lugar) ahora se intenta ofrecer respuestas menos simplificadas.

Añado otra consideración respecto al tema de los modos de producción del sector artesanal. La historiografía nos presentaba una secuencia, por así decir, rígida, que ordenaba cronológicamente las diferentes modalidades de producción; por ejemplo, primero el sistema gremial y después el comerciante-emprendedor, a continuación la proto-industria rural, después la manufactura centralizada y, finalmente, el sistema de fábrica. La idea de fondo era que el intercambio podía acontecer sólo tras la superación (desaparición) definitiva del modelo anterior por parte del nuevo modo de producción. Este asunto teórico, obviamente, no encontraba reflejo en la realidad, pero al mismo tiempo la riqueza de significados de su paradigma obstaculizaba una correcta observación de la misma realidad.

En la visión de Becattini, dirigida a interpretar el proceso económico tal y como se ha manifestado históricamente, el ansia por encontrar un modelo que

pujera hacerse hueco en la secuencia clásica de los modos de producción cede el paso a un intento más serio de comprender las relaciones (a menudo de complementariedad) entre las diferentes formas de producción. Esta mirada aparece en toda su evidencia allí donde el distrito industrial debe enfrentarse a la presencia (anterior, contemporánea o sucesiva) de la gran empresa. En la literatura, los casos más notorios e investigados son respectivamente los de Castelfreddo (en el Mantovano, en Lombardia), de Prato (en Toscana) y del «triángulo de la silla» (en Friul-Venecia Julia).

Más concretamente, se subraya que la producción de las medias del Mantovano tiene su origen en la ocupación de una empresa (la Noemi), de cuyas «cenizas» tomará cuerpo el distrito aún activo. En el caso de Prato, con seguridad el más profundamente y mejor investigado, la gran empresa se ubica en un lugar especializado desde hace siglos en la producción de lana. Una presencia que, si no modifica el modelo organizativo del distrito, que estuvo y sigue basándose en pequeñas y medianas empresas, asume de cualquier modo un significado importante en la medida en que transfiere innovación relativa a los procesos de producción. En los tres centros del «triángulo de la silla» (Manzano, San Giovanni al Natisone y Corno di Rosazzo) se desarrolló en la segunda posguerra un distrito de dimensiones relevantes. En ese contexto adquieren cuerpo algunas empresas que alcanzan dimensiones destacables. También en este caso, estas nuevas presencias no parecen modificar la estructura del sistema productivo: las grandes empresas se integran «armónicamente» en el contexto, presentando pronto características de complementariedad con los otros actores de la sociedad districtual.

## LOS NUEVOS CONCEPTOS DE BECATTINI ▼

La contribución de Becattini es relevante en la medida en la que introduce nuevos conceptos. En un trabajo poco conocido por los economistas (*Del distrito industrial a la distritualización: consideraciones*, (2), Becattini, al hablar de Prato en la segunda posguerra, perfila una interpretación del sistema productivo que adquiere una validez general y absoluta, capaz de leer incluso aquellos sistemas productivos del pasado que mostraban una cierta capacidad de producir manufacturas para el mercado internacional.

De entre todos, un concepto de absoluta significación es el que concierne a la existencia de mercados interiores en el lugar en el que se desarrolla la producción: mercados de libre pero imperfecta competencia que deben conciliar competitividad y reproducción social. Para la época precapitalista, esto significa que un lugar caracterizado por la presencia de gremios, precios públicos, aranceles e incluso mo-

nopolios, no puede ofrecer al mercado internacional productos competitivos. Podría incluso afirmarse que la contención (incluso la eliminación) de la competencia en los mercados locales en esa economía y en esa sociedad sería una solución eficaz para garantizar la perpetuación de la actividad productiva en los mercados internacionales.

La posibilidad de disponer de un modelo como el distrito industrial, que encuentra en la descomposición del proceso productivo su carácter distintivo dominante, ha permitido a los historiadores económicos entender cómo diferentes formas de producción pueden convivir en el mismo proceso productivo convirtiéndose en elementos complementarios. Por ejemplo, un comerciante emprendedor del textil organiza el proceso siguiendo el siguiente esquema: hilado encargado a los operadores que utilizan instalaciones mecanizadas (manufactura mecanizada, casi sistema de fábrica), tejeduría encargada a trabajadores/trabajadoras a domicilio (*putting out system*), acabado encargado a los artesanos profesionales competentes (sistema gremial).

Como sucede a menudo, sólo el paso del tiempo nos hace comprender la entidad y la profundidad de la lección de los grandes maestros. Releyendo la producción científica de los últimos dos decenios para preparar este artículo, he encontrado la huella de la contribución de Becattini. Esta rara capacidad de influir en ámbitos de investigación disciplinal y cronológicamente distantes de los propios es una característica de un reducidísimo número de estudiosos.

### LA EDUCACIÓN INTERDISCIPLINAR ▼

Queda aún una, y no por última menos importante, cuestión que quiero evidenciar. Me refiero al problema que definiría como educación *interdisciplinar*. Como es sabido, entre los límites del sistema académico se encuentra el de especializar los perfiles científicos de los estudiosos sobre la base de la pertenencia disciplinar. Por otro lado, se sabe bien que algunos ámbitos de investigación requieren la aportación de diferentes competencias que integrándose admiten lecturas e interpretaciones de gran relevancia científica.

Ahora bien, la referencia a la interdisciplinariedad es ciertamente uno de los lenguajes más difundidos, pero como a menudo sucede en la casi totalidad de los casos, es una simple expresión retórica, siempre expresada pero nunca aplicada. Sin embargo, con el distrito industrial se manifiesta una anomalía tan ra-

ra como positiva. Becattini ha insistido mucho en este aspecto demostrando por así decirlo el carácter inseparable de los aspectos económicos de los históricos, sociales, institucionales y territoriales.

Su lección ha sido escuchada. En Italia, los ámbitos en los que a nivel académico se afronta este tema se caracterizan por indudables elementos de interdisciplinariedad: pienso en los grupos de investigación, en los máster universitarios y en las recientes licenciaturas de especialización. Por ejemplo, en el Ateneo de Parma, la Facultad de Economía, junto con el Departamento de Economía, sobre la base del trabajo de investigación de un sólido grupo de estudiosos, expresión de diferentes ámbitos disciplinarios (economía del desarrollo, economía industrial, geografía económica y otros más), ha desarrollado una gama de productos de formación sobre temas del desarrollo local.

La práctica de la interdisciplinariedad es importante como punto de partida ya que el conocimiento y las competencias se comparan y se contaminan (en concreto es importante porque pone de manifiesto las partes débiles del aparato teórico de cada disciplina). Limitando las consideraciones a la historia económica, puedo afirmar que esta contaminación ha producido resultados muy positivos también porque respeta sobre todo a los jóvenes estudiosos fascinados por la nueva forma de trabajar y tal vez insatisfechos por el paradigma elaborado por sus predecesores.

### CONCLUSIÓN ▼

En conclusión, debo admitir que la influencia del trabajo científico de Becattini ha constituido un recurso importante para las disciplinas económicas porque ha puesto en tela de juicio un paradigma que requería profundas correcciones (la lectura clásica del modelo de desarrollo), porque ha sugerido originales relecturas del sistema manufacturero del pasado y porque ha estimulado la cooperación con las demás disciplinas orientando a los estudiosos hacia un modelo efectivamente multidisciplinar.

### NOTAS ▼

- [1] La *aparcería* se refiere al contrato aplicado al arrendamiento de fincas rústicas o ganaderías, en las que el propietario cede el arrendamiento a cambio de una participación en los beneficios.
- [2] Ensayo introductorio del Congreso de Padua sobre «Las vías de industrialización europea. Sistemas comparados», documentos que han visto la luz bajo la dirección de Gianluigi Fontana en 1987.